

ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE, ROMANA FALCÓN VEGA y RAYMOND BUVE (coords.), *La arquitectura histórica del poder. Naciones, nacionalismos y estados en América Latina. Siglos XVIII, XIX y XX*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericano, 2010, 340 pp. ISBN 978-607-4620689

Las complejas relaciones entre naciones, nacionalismos y estados hace tiempo ocupan una atención preferente en la historiografía. Pero, tal como ha sucedido con otros ejes del debate historiográfico internacional, las experiencias latinoamericanas se han mostrado no sólo diversas y divergentes, sino también irreducibles a modelos analíticos o interpretativos forjados a partir de otros contextos. Podría decirse que esas experiencias se resisten a ser tratadas simplemente como casos que permitan la verificación de esos modelos puesto que en vez de ratificarlos, más de una vez los interrogan, los interpelan cuando no, directamente, los cuestionan. Hay, en este sentido, un hilo que recorre y enhebra la historia de las interpretaciones historiográficas sobre Latinoamérica: la de sus divergencias con los esquemas y modelos de interpretación general. Viene al caso, entonces, recuperar la reflexión de quien como Eric Hobsbawm transitó por estas procelosas problemáticas de las naciones y los estados. En su memorable relato de su historia personal sumida en las tormentas del siglo xx decía respecto de Latinoamérica: “Ha sido un laboratorio del cambio histórico, casi siempre muy distinto de lo que habría cabido esperar, un continente creado para socavar las verdades convencionales”.<sup>1</sup>

A ratificar este diagnóstico apuntan varias de las contribuciones de *La arquitectura histórica del poder* y los coordinadores

---

<sup>1</sup> ERIC HOBSBAWM, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Buenos Aires, Crítica, 2003, p. 343.

han debido lidiar con tamaño desafío. El libro ha sido organizado en dos partes, la primera centrada en las relaciones entre nacionalismos y construcción de las naciones y la segunda en las múltiples formas de negociación del poder y configuración de los estados. Una y otra designación lejos están de ser casuales o ingenuas sino que devienen de una visión de las naciones como construcciones históricas dilemáticas y de los estados como tramas y dispositivos de poder más amplios, más densos y más enraizados socialmente que la imagen que resultaría de sólo atender a sus dimensiones normativas e institucionales.

Como es sabido, durante mucho tiempo la historiografía se ocupó de la primera de estas problemáticas desde una perspectiva que suponía la preexistencia de las naciones a los estados, tanto que los concebía como la forma jurídica e institucional de aquéllas y el modo en que ocupaban su lugar en la historia. Luego, se operó un movimiento que en buena medida tuvo un sentido inverso y las naciones tendieron a concebirse como construcciones y fabricaciones de los estados, verdaderas operaciones político-culturales de sentido unidireccional. Más tarde, las evidencias acumuladas –testarudas ellas– vinieron a socavar unas y otras certezas y el campo se ha abierto al registro de diversas modalidades de relación y a modos menos esquemáticos y más complejos de interpretación. De este modo, ni las naciones latinoamericanas se nos presentan tan homogéneas como se había relatado (o se había querido), ni los estados con la consistencia y la capacidad de moldear las sociedades y las culturas a su antojo y voluntad, como muchas veces se supuso. Con ello se abrieron nuevos modos de pensar las diversas formas de patriotismo y nacionalismo así como las intervenciones de los sectores sociales subalternos en sus construcciones.<sup>2</sup> De

---

<sup>2</sup> Las páginas de esta revista han sido escenario de fértiles debates al respecto. Por ejemplo, la discusión entablada en el número 183 de 1997 de *Historia Mexicana* entre Tulio Halperín Donghi, John Tutino y Florencia Mallon a propósito del libro de esta autora *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú pos-*

esta manera se ha ido perfilando una orientación de los estudios que toma más en cuenta el papel de las diversas instancias gubernamentales en las construcciones de los estados y las naciones (en especial las locales y regionales) abriendo posibilidades de prestar mayor atención al abanico de respuestas sociorregionales y a las formas de negociación del ejercicio de la autoridad que implementaron los diversos sujetos sociales.<sup>3</sup>

El libro que reseñamos se inscribe en estos rumbos historiográficos y contribuye a desarrollarlos. De alguna manera, tres notas lo caracterizan. Una es la geografía a la que atiende: si bien entre los doce artículos predominan los que se ocupan de México, también se incluyen estudios sobre Guatemala, Argentina, Perú y algunos que ensayan una aproximación más amplia, general y abarcadora. A esta diversidad espacial se suma la amplitud temporal, y aun cuando la mayor parte de los artículos se ocupan del siglo XIX, se incluyen también otros que abordan los siglos XVIII y XX. Por último, el interés por indagar la formación de los estados y las naciones aparece signado por una nota predominante: la óptica que ofrecen las experiencias históricas indígenas.

Como antes se señaló, la primera parte reúne trabajos que se ocupan de analizar las relaciones entre naciones y nacionalismos y sus dilemas y lo hacen desde perspectivas bien variadas. Así, algunas contribuciones adoptan un enfoque cercano a la historia intelectual, como la precisa y erudita reconstrucción que realiza V. Peralta Ruiz de los modos en que emergió durante el siglo XVIII americano un nuevo modo de narrar la historia capaz

---

*coloniales*, México, Historias Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2003 o el debate entre Alan Knight y Eric van Young a partir de su libro *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006 que apareció en el número 224 de 2004 de esta misma revista.

<sup>3</sup> Particular influencia al respecto ha tenido el libro editado por Gilbert JOSEPH y Daniel NUGENT, *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, México, Ediciones Era, 2002.

de cimentar la formulación intelectual de un patriotismo criollo que fuera compatible con los marcos institucionales y culturales de la monarquía hispana. Por su parte M. E. Casaús Arzú reconstruye los replanteos del imaginario nacional guatemalteco a partir de rescatar y subrayar sus especificidades durante la primera mitad del siglo xx, una fructífera perspectiva que pone en alerta al lector frente a las generalizaciones abusivas y relatos lineales y le permite formular una sugestiva hipótesis para datar con precisión el momento histórico en que el racismo pasó a formar parte de la ideología oficial.

Otros trabajos, en cambio, han adoptado abiertamente una perspectiva comparativa. C. Wasserman concentra su atención en lo que denomina “discursos políticos contraoligárquicos” en *México, Argentina y Brasil en las primeras décadas del siglo xx*; su propósito, sin embargo, es más ambicioso y busca formular cinco tesis para volver a reflexionar sobre las complejas relaciones entre los intelectuales latinoamericanos y la llamada “cuestión nacional”. El uso de la perspectiva comparatista que realiza Diana Birrichiga es completamente distinto y apunta a replantear un tema clásico de la historia agraria (como la desamortización y la desvinculación) concentrando su atención en los bienes municipales y en las experiencias española y mexicana de las primeras décadas del siglo xix. El uso del enfoque comparativo que hace A. Escobar Ohmstede es distinto y también más ambicioso: su denso ensayo aborda el complejo proceso de transición desde el dualismo étnico colonial hasta los intentos de conformar entidades nacionales homogéneas, y para ello considera las experiencias de México, Perú, Ecuador y Bolivia; pero no está aquí la novedad que contiene su contribución: más bien hay que buscarla en el modo en que ha sido pensada pues como bien advierte se trata de problematizar los enfoques habituales de “lo étnico” (así como de las clasificaciones étnicas y raciales) buscando enraizarlos de modo más preciso en los mundos sociales e históricos real-

mente existentes y para hacerlo privilegia el análisis de algunas variables (el domicilio oficial, el pago de impuestos y los tributos) en busca de un enfoque que pueda atravesar las opacidades producidas por los discursos públicos históricos pero también en buena medida historiográficos. La perspectiva adoptada por M. Baud es diferente pero comparte un modo de pensar la cuestión: su interpretación de las trayectorias del indigenismo y los movimientos indígenas andinos de los siglos XIX y XX tiene como propósito demostrar que esas historias sólo pueden entenderse a partir de sus interacciones con las élites, sus proyectos políticos y culturales y las estructuras de gobierno local y nacional.

La segunda parte está dedicada a analizar diversas experiencias y situaciones de construcción estatal. En ella se incluyen dos artículos que se ocupan del área pampeano-patagónica de la actual Argentina: I. de Jong analiza la situación de los llamados “indios amigos” de la frontera de Buenos Aires antes de que el estado argentino conquistara definitivamente el territorio indígena y muestra cómo el complejo sistema de pactos e interacciones interétnicas derivó en un proceso de integración subordinada mediante servicios y rangos militares que definía para los caciques un lugar como intermediarios entre organizaciones sociales diferentes. Por su parte, M. Moroni analiza la expansión de ese estado con posterioridad hasta mediados del siglo XX en el territorio nacional de La Pampa para mostrar su endeble implantación frente a una vivaz sociedad civil en formación. La colaboración de N. Sobrerilla Perea, en cambio, se ocupa de las relaciones entre ciudadanía y formación de las Guardias Nacionales en el Perú de la década de 1840 y su examen permite advertir sus disímiles significados sociorregionales y la necesidad de prestarle cuidadosa atención a su dinámica histórica en la medida en que las guardias pudieron servir de recurso organizativo para construir determinados liderazgos que no contaban con apoyos militares pero también iban a ser

desmovilizadas una vez que su conflictiva colaboración pudiera considerarse innecesaria.

Otros tres artículos analizan diversas facetas de la historia mexicana y ofrecen sugestivas claves para un lector latinoamericano interesado en otros contextos. La colaboración de R. Buve se concentra en las relaciones entre los pueblos y el gobierno superior en Tlaxcala entre 1810 y 1867 y se inscribe claramente en la potente corriente historiográfica que ha venido a revisar y develar una historia de los pueblos rurales mexicanos decimonónicos que pareciera haber sido mucho menos anárquica y mucho más diversa de lo que se había pensado hasta hace poco; Buve va más allá y muestra de qué modo las transformaciones en la arquitectura institucional se intersecaron con las que habían forjado los pueblos apuntando a rescatar tanto la pluralidad de tensiones y conflictos locales como las iniciativas y estrategias de esos actores. R. Falcón se ocupa de las disputas plebeyas frente al estado nacional en la segunda mitad del siglo XIX a partir del cotejo micro-regional de las acciones, discursos y lógicas plebeyas poniendo en duda los modos habituales de estudiar el estado y los propios modos de concebirlo; su argumento resulta, así, en un planteo programático que enfatiza firmemente la necesidad de escudriñar detrás del abigarrado conjunto de peticiones, reclamos, demandas y rebeldías plebeyas las lógicas que las orientaban y sus capacidades no sólo de constreñir los proyectos estatales elitistas e incidir en su configuración sino también de imaginar, en algunas circunstancias, otros futuros posibles. El libro se cierra con una colaboración de L. Reina dedicada a analizar la trayectoria del movimiento campesino mexicano en las décadas posrevolucionarias del siglo XX; su propósito, sin embargo, más amplio, y tras examinar las líneas directrices que ha tendido el desarrollo historiográfico, apunta a proponer dos cuestiones centrales: por un lado, rescatar las continuidades profundas que presentan los movimientos campesinos del siglo XX

con sus predecesores del XIX; por otro, discutir las periodizaciones aceptadas para sustituirlas por otras que sean más sensibles a las realidades sociales y que deriven en la postulación de un largo siglo XIX que se extendería hasta la década de 1940.

Como puede verse, los coordinadores han optado por ofrecer un libro que bien podría describirse como caleidoscópico. Un conjunto diverso y cambiante: así define el Diccionario de la Real Academia Española el vocablo “caleidoscopio”. Y si de alguna manera puede describirse la arquitectura histórica del poder es justamente que ofrece la posibilidad de efectuar una lectura caleidoscópica de algunas de las facetas más complejas –y a la vez más decisivas– de la variopinta historia latinoamericana sin renunciar al registro y a la consideración de esa heterogeneidad constitutiva. Se trata, entonces, de una historia de varias historias, y bien diversas, por cierto.

El libro parece expresar una suerte de apuesta a favor de lo que podría denominarse realismo histórico, un intento (¡bienvenido sea!) de develar las formas realmente existentes de naciones, nacionalismos y estados no atendiendo sólo a construcciones discursivas emanadas desde las élites políticas o intelectuales aunque sin dejar de tomarlas en cuenta. Sus ejes resultan evidentes y se orientan tanto al análisis del papel que jugaron las distancias gubernamentales de muy diversa jerarquía como a las respuestas de los diferentes sujetos sociales regionales y, particularmente a los papeles que tuvieron los indígenas en la formación de algunas naciones latinoamericanas. De este modo, se ofrecen miradas desconfiadas de los alcances efectivos de la “anhelada homogeneización nacional” como otras menos dosificadas o personificadas del estado en una perspectiva que los coordinadores definen explícitamente como alejada del “espejismo del estado”. Se apunta, así, a concebir históricamente al estado o la nación, a pensarlos e imaginarlos como formaciones incompletas e inacabadas y resultados de fricciones sociales y étnicas y no como cosas que

puedan ser apoderadas o como personas dotadas de voluntad y conciencia inmanente y trascendente. Una visión del estado de este tipo supone considerarlo como un entramado históricamente constituido de relaciones asimétricas y desiguales y de prácticas sociales que se produjeron no sólo en los ámbitos prefigurados por la arquitectura institucional sino también en esas zonas grises pero decisivas en la medida que era en las cuales se definía su articulación local y cotidiana con las sociedades. Pero enfocar el estado como un entramado de relaciones y prácticas sociales históricamente constituido supone, de suyo, pensarlo como una construcción cambiante y, por lo tanto, en movimiento.

Las implicancias de enfoques de este tipo resultan muy evidentes. Por ejemplo, el registro de las distancias entre las pretensiones de construir naciones homogéneas y el grado en que efectivamente pudieron llevarse a cabo supone la adopción de un criterio de evaluación que atienda menos a las dimensiones discursivas e intencionales de las élites gubernamentales y privilegie más el análisis de las prácticas sociales y sus dinámicas históricas. La inclinación que en varias de las colaboraciones se evidencia de situar y descifrar el significado posible de esas prácticas en sus contextos específicos, a su vez, permite iluminar mejor la adopción de nuevas instituciones (como los ayuntamientos, las Guardias Nacionales o las nuevas instancias judiciales, por ejemplo) dejando de considerar solamente sus discursos de legitimación. Se trata, en consecuencia, de un modo de pensar estas historias y las periodizaciones habituales y convencionalmente aceptadas que pueda dar cuenta de mejor modo de las cambiantes y diversas realidades históricas latinoamericanas. En este sentido, el libro constituye un significativo aporte para incitar nuevas formas de imaginar los pasados posibles de nuestras sociedades.

Raúl Fradkin

*Universidad Nacional de Luján*